

ELIZABETH STROUT

Luz de febrero

Traducción de Juanjo Estrella



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2021

*Para Zarina, otra vez*

## *Arrestado*

A primera hora de la tarde de un sábado de junio, Jack Kenison se puso las gafas de sol, se montó en su deportivo descapotable, se abrochó el cinturón de seguridad pasándoselo por encima de la prominente barriga y se fue hasta Portland, a casi una hora de viaje, a comprar una botella grande de whisky, cualquier cosa con tal de no encontrarse con Olive Kitteridge en el colmado de Crosby, Maine. Ni con aquella otra mujer que le había hablado del tiempo mientras él esperaba en la cola del colmado con el whisky en la mano. ¡Del tiempo! Aquella otra mujer (no recordaba su nombre) también era viuda.

Mientras conducía, se apoderó de él algo muy parecido a la calma y, una vez en Portland, aparcó y fue a dar un paseo junto al mar. El verano ya había hecho acto de presencia y aunque todavía hacía frío para mediados de junio, el cielo estaba azul y las gaviotas sobrevolaban el muelle. Había gente en las aceras, muchos jóvenes con niños pequeños o empujando cochecitos de bebé, y todos parecían conversar. Aquello no dejaba de asombrarlo: ¡cómo daban por sentado el hecho de estar los unos con los otros, de hablar! Nadie parecía prestarle atención y se dio cuenta de algo que ya sabía pero que ahora entendía de otro modo: que era solo un viejo con una barriga fofa en quien no merecía la pena fijarse. Y casi resultaba liberador.

Atrás quedaban esos años en que había sido un hombre alto y guapo, sin barriga, que se paseaba por el campus de Harvard, y que llamaba la atención. Los alumnos lo miraban con respeto y las mujeres, las mujeres también lo miraban. En las reuniones del departamento imponía; se lo decían sus colegas y él no lo dudaba, porque precisamente ese era su propósito. Ahora, al pasar por uno de los muelles frente a los que habían construido zonas residenciales, se le ocurrió que tal vez debiera trasladarse a vivir allí, donde había agua por todas partes, y también gente. Sacó el teléfono móvil del bolsillo, le echó un vistazo y volvió a guardarlo. Era con su hija con quien quería hablar. Por la puerta de uno de los edificios de apartamentos apareció una pareja de su misma edad: el hombre también tenía barriga, aunque no tan grande como la suya, y la mujer parecía preocupada, pero por su manera de estar juntos le pareció que llevaban muchos años casados. «Ahora ya está –oyó que decía la mujer, y el hombre dijo algo, y la mujer repitió–: No, ahora ya está». Pasaron por delante de él (sin advertirlo) y cuando se giró para mirarlos un instante después, le sorprendió –vagamente– ver que la mujer se había cogido del brazo del hombre mientras avanzaban por el muelle hacia aquella ciudad pequeña.

Jack se quedó allí quieto, mirando el mar; primero hacia un lado, después hacia el otro. Una brisa que no había notado hasta ese momento levantaba unas cabrillas en el agua. Allí atracaban los ferris que venían de Nueva Escocia. Una vez, Betsy y él se habían subido a uno. Habían pasado tres noches en Nueva Escocia. Hizo un esfuerzo por recordar si Betsy lo cogía del brazo; tal vez sí. Y le vino a la mente una imagen de ellos dos bajando del ferri, ella cogida de su brazo.

Se dio la vuelta para irse.

–Menudo cabeza de chorlito.

Nada más decirlo, vio que un niño que había cerca, en el muelle, se había girado y lo miraba desconcertado, lo que quería decir que era un viejo que hablaba solo en un muelle de Portland, Maine. Y no conseguía comprender cómo él –Jack Kennison, con sus dos doctorados– había llegado a ese punto.

–¡Vaya, vaya!

Eso también lo dijo en voz alta, después de adelantar al niño. Había unos bancos y se sentó en uno que estaba vacío. Sacó el móvil y llamó a su hija; todavía no debía de ser mediodía en San Francisco, que era donde vivía ella. Le sorprendió que respondiera.

–Papá –dijo–. ¿Pasa algo?

Él alzó la vista al cielo.

–Ah, Cassie –dijo–. Solo quería saber cómo estás.

–Estoy bien, papá.

–Ah, vale, bien. Me alegro de oírlo.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes, hasta que ella le preguntó:

–¿Dónde estás?

–Oh, estoy en el muelle de Portland.

–¿Y qué haces ahí? –le preguntó ella.

–Nada, se me ha ocurrido venir a Portland. Ya sabes, para salir un rato de casa.

Jack entornó los ojos y miró hacia el agua. Otro silencio. Entonces ella dijo:

–Bien.

–Oye, Cassie –dijo Jack–. Solo quería decirte que ya sé que soy una mierda. Eso lo sé. Para que lo sepas, nada más. Sé que soy una mierda.

–Papá –dijo ella–. Venga, papá. ¿Y ahora qué se supone que tengo que decir yo?

–Nada –respondió él, afable–. No tienes que decir nada. Solo quería que supieras que lo sé.

Se hizo otro silencio, esta vez más largo, y él tuvo miedo. Ella dijo:

–¿Esto es por cómo me has tratado o por la relación que tuviste todos esos años con Elaine Croft?

Él bajó la vista y la clavó en los tablones del embarcadero, se fijó en las zapatillas deportivas negras, de señor mayor, sobre los tablones desgastados.

–Por las dos cosas –dijo él–. O escoge tú la que prefieras.

–Ah, papá –dijo ella–. No sé qué hacer. ¿Qué se supone que tengo que hacer por ti?

Él meneó la cabeza.

–Nada, niña. No tienes que hacer nada por mí. Solo quería oír tu voz, nada más.

–Papá, íbamos a salir.

–Ah, ¿sí? ¿Y dónde vais?

–Al mercado de productos locales. Es sábado, y los sábados vamos a ese mercado.

–Está bien –dijo Jack–. Pues idos. Ya hablaremos. Adiós.

Le pareció oírla suspirar.

–De acuerdo –dijo ella–. Adiós.

Y nada más. Nada más.

Jack se quedó mucho rato sentado en el banco. La gente pasaba por delante, o tal vez había ratos en que no pasaba nadie, pero él seguía pensando en su mujer, Betsy, y le entraban ganas de aullar. Solo entendía una cosa: que se merecía todo lo que le había pasado. Se merecía estar llevando en ese momento una compresa para las pérdidas como consecuencia de su operación de próstata; se lo *merecía*. Se merecía que su hija no quisiera hablar con él, porque durante años él no había querido hablar con ella. Su hija era lesbiana; era lesbiana, y eso aún

le provocaba cierta sensación de incomodidad. Pero Betsy no merecía estar muerta. El que merecía estar muerto era él, pero Betsy no. Aun así sintió una rabia repentina hacia su mujer: «Por el amor de Dios», murmuró.

Cuando se estaba muriendo, era ella la que estaba furiosa. Le dijo: «Te odio», y él le dijo: «No me extraña». Y ella le dijo: «*Venga ya*». Pero él se lo decía en serio. ¿Cómo iba a echarle la culpa a ella? No podía hacer eso. Y las últimas palabras que le dijo fueron: «Te odio porque yo me voy a morir y tú vas a seguir viviendo».

Al levantar la vista y ver una gaviota, pensó: «No, yo no sigo viviendo, Betsy. Menuda broma pesada».

\* \* \*

El bar del Hotel Regency estaba en el sótano, las paredes eran de un verde oscuro y las ventanas daban a las aceras, pero estas quedaban muy arriba y casi lo único que veía él eran piernas que pasaban. Se sentó en la barra y pidió un whisky solo. El camarero era un tipo agradable.

–Bien –respondió Jack cuando el joven le preguntó cómo estaba.

–Pues me alegro –dijo el camarero.

Tenía unos ojos pequeños, oscuros, que asomaban por entre un pelo castaño más bien largo. Mientras le servía la copa, Jack se fijó en que era mayor de lo que en un primer momento le había parecido, aunque cada vez le costaba más adivinar la edad de la gente, sobre todo de los jóvenes. Y entonces pensó: «¿Y si hubiera tenido un hijo?». Había pensado aquello tantas veces a lo largo de su vida que le sorprendía seguir preguntándose. ¿Y si, como había ocurrido en realidad, no se hubiera casado con Betsy por despecho? Él salía de otra relación y ella,

también. En la universidad había estado muy enamorada de Tom Groger. ¿Qué habría pasado? Apesadumbrado, pero sintiéndose mejor (estaba en presencia de alguien, del camarero), Jack desplegó ante sí aquellas ideas como si se tratara de un largo rollo de tela. Comprendió que era un hombre de setenta y cuatro años que echa la vista atrás y se asombra de que las cosas se hayan desarrollado como lo han hecho, que siente un arrepentimiento insoportable por todos los errores que ha cometido.

Y entonces pensó: «¿Cómo lleva uno una vida honrada?».

Aunque no era la primera vez que se había formulado aquella pregunta, ese día le pareció distinta, se sentía ausente y se lo preguntaba de verdad.

–¿Qué le trae por Portland? –le preguntó el camarero mientras pasaba una bayeta por la barra.

–Nada –dijo Jack.

El tipo alzó la vista, lo miró y se giró ligeramente para limpiar la otra zona de la barra.

–Me apetecía salir de casa –dijo Jack–. Vivo en Crosby.

–Un pueblo bonito, Crosby.

–Sí que lo es. –Jack dio un sorbo al whisky y dejó el vaso con cuidado en la barra–. Mi mujer murió hace siete meses –dijo.

El tipo volvió a mirar a Jack y se apartó el pelo de los ojos.

–Perdón. ¿Ha dicho que...?

–He dicho que mi mujer murió hace siete meses.

–Lo siento mucho –dijo el camarero–. Eso tiene que ser muy duro.

–Pues sí. Sí. Es duro.

Al joven no le cambió la cara cuando dijo:

–Mi padre murió hace un año y mi madre se lo ha tomado muy bien, pero yo sé que ha sido difícil para ella.



–Seguro. –Jack dudó un momento antes de preguntarle–: ¿Y para ti?

–Bueno, es triste. Pero ya llevaba un tiempo enfermo.

Jack notó que empezaba a calentarse por dentro, una sensación que conocía tan bien, que sentía cuando aquella viuda hablaba del tiempo en el colmado del pueblo. Habría querido decir: «¡*Basta!* ¡Cuéntame cómo te has sentido *en realidad!*». Se echó un poco hacia atrás y adelantó el vaso. Las cosas eran así, y punto. O la gente no sabía qué sentía sobre alguna cuestión, o prefería no contar nunca cómo se sentía sobre ello.

Por eso echaba de menos a Olive Kitteridge.

Vale, se dijo para sus adentros. Vale. Tranquilo, chico.

Deliberadamente, se obligó de nuevo a pensar en Betsy. Y entonces recordó una cosa; qué curioso que se acordara precisamente ahora: cuando lo operaron para extirparle la vesícula, hacía muchos años, su mujer estuvo con él en la sala de reanimación, y después, cuando él despertó de la anestesia, otra paciente que tenía cerca le dijo: «Su mujer lo miraba con tanto amor... Me ha llamado la atención que lo mirara tan cariñosamente». Jack se lo había creído. Recordaba que se había sentido un poquito incómodo y luego, durante una discusión años después, él había sacado el tema y Betsy le había dicho: «Esperaba que te murieras».

Tanta franqueza lo había dejado estupefacto. «¿De verdad esperabas que me muriera?». En su recuerdo, se veía separando los brazos, asombrado, mientras se lo preguntaba.

Y entonces ella, claramente incómoda, había dicho: «Me habría facilitado las cosas».

¡Ahí lo tenía!

¡Oh, Betsy! Betsy, Betsy, metimos la pata, nos cargamos la oportunidad que teníamos. No era capaz de identificar exacta-

mente cuándo, porque nunca habían tenido una oportunidad. En el fondo ella era ella y él era él. La noche de bodas ella se había entregado a él, pero no libremente como lo había hecho los meses anteriores. Eso él siempre lo recordaría, claro. Y desde aquella noche ella no se había entregado nunca libremente del todo. De eso hacía cuarenta y tres años.

—¿Cuánto lleva viviendo en Crosby? —le preguntó el camarero.

—Seis años. —Jack movió las piernas y las desplazó hasta el otro lado del taburete—. Ya llevo seis años viviendo en Crosby, Maine.

El camarero asintió. Una pareja entró en el bar y se sentó en la otra punta de la barra. Eran jóvenes: la mujer tenía el pelo largo y se lo echó hacia atrás. Era una persona segura de sí misma. El camarero se fue hacia ellos.

Jack dejó que su mente lo llevara hasta Olive Kitteridge. Alta, corpulenta. Qué rara era aquella mujer, por Dios. Le había caído bastante bien. Era sincera (¿era eso sinceridad?). Tenía algo. Viuda, prácticamente le había salvado la vida (así lo veía él). Habían salido a cenar varias veces, a algún concierto. Él la había besado en la boca. Casi se tronchaba de risa al pensarlo. Aquella boca suya. Olive Kitteridge. Fue como besar a una ballena cubierta de percebes. Tenía un nieto que había nacido hacía un par de años, a Jack aquello no le importaba especialmente, pero a ella sí, porque aquel niño se llamaba Henry, se lo habían puesto por su abuelo, el difunto marido de Olive. Jack le había sugerido que fuera a ver al pequeño Henry a Nueva York y ella le había dicho: «Me parece que no iré». ¿Quién sabe por qué? Lo único que sabía era que la relación con su hijo no era muy buena. Pero es que la suya con su hija tampoco lo era. En eso coincidían. Se acordaba de que Olive enseguida le había contado que su padre se había suicidado cuando ella

tenía treinta años. Se había pegado un tiro en la cocina de su casa. Quizá por eso ella era como era; seguro que aquello había influido de alguna manera. Y luego, una mañana, había ido a verle e inesperadamente se había acostado a su lado en la cama de la habitación de invitados. Cómo se había sentido aliviado. Un gran alivio lo recorrió de arriba abajo cuando ella le apoyó la cabeza en el pecho.

–Quédate –le pidió él al fin, pero ella se levantó y le dijo que tenía que volver a casa–. Me gustaría que te quedaras –insistió.

Pero ella no se quedó. Y ya no volvió más. Intentó llamarla, pero no contestaba el teléfono.

Solo una vez se la había encontrado en el colmado, pocos días después de que ella se hubiera acostado a su lado. Él llevaba en la mano la botella de whisky.

–¡Olive!

Pero ella estaba alterada. Su hijo, que vivía en Nueva York, estaba a punto de tener otro hijo.

–Creía que acababa de tener uno –dijo Jack.

Y ella dijo pues ya ves... Su mujer volvía a estar embarazada y a ella ni siquiera se lo habían contado hasta entonces. Olive ya tenía un nieto; ¿para qué necesitaban más críos? La mujer de su hijo ya había aportado dos al matrimonio. Eso Olive lo dijo por lo menos tres veces. La llamó al día siguiente, pero el teléfono no dejaba de sonar, y se dio cuenta de que no tenía activado el contestador. ¿Podía ser verdad? Con Olive, te podías esperar cualquier cosa. Supuso que al final seguramente se habría ido a Nueva York a conocer a su nuevo nieto, porque cuando volvió a llamar al día siguiente tampoco respondió. Le envió un correo electrónico con el asunto «¿?». Y luego, otro sin asunto. Tampoco los contestó. De aquello hacía más de tres semanas.

El camarero volvía a estar frente a Jack, preparando las copas de la pareja. Jack dijo:

–¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

–No –dijo–. Me crie a las afueras de Boston. Estoy aquí por mi novia. Vive aquí.

El tipo movió un poco la cabeza para apartarse el pelo de los ojos.

Jack asintió, le dio otro sorbo al whisky.

–Mi mujer y yo vivimos en Cambridge bastantes años –dijo Jack–. Y luego vinimos aquí.

Podría haber jurado que, antes de que el joven se diera media vuelta y se fuera a dejar las bebidas frente a la pareja, vio algo, una sonrisita, en el gesto del camarero.

Cuando el tipo volvió, le dijo a Jack:

–¿Un hombre de Harvard? Así que usted era un hombre de Harvard.

Levantó una cesta de copas limpias que tenía delante y empezó a colgarlas boca abajo en el estante que tenía justo encima.

–Yo allí limpiaba váteres –dijo Jack. Y aquel idiota enseguida clavó sus ojos en él, tratando de averiguar si lo decía en broma–. No, no limpiaba váteres. Daba clases.

–Genial. ¿Y quería jubilarse aquí?

Jack no habría querido jubilarse.

–¿Cuánto te debo? –le preguntó.

\* \* \*

Cuando volvía a casa, en el coche, pensó en Schroeder, menudo capullo, menuda mierda de decano. Cuando Elaine presentó la demanda, porque al final lo hizo, alegando el acoso sexual como causa de no haber obtenido la plaza, Schroeder

se convirtió en un hombre horrible. Se comportó de una forma muy extraña y ni siquiera dejaba que Jack se explicara. Está en manos de los abogados, decía. Y a Jack le obligaron a pedir un permiso para investigar. La cosa tardó tres años en arreglarse, tres años para que Elaine aceptara llevarse un buen pellizco, y para entonces Betsy y Jack ya se habían ido a vivir a Maine; él se había jubilado. Vinieron a Maine porque Betsy quería; porque quería irse lejos, y bien lejos que se fueron. Crosby era un bonito pueblo costero sobre el que había indagado en internet, y más lejos ya no se podía ir, aunque en realidad estaba solo a unas horas hacia el norte por la costa este. Se fueron a vivir allí sin conocer a una sola persona. Pero Betsy hizo amigos. Era su naturaleza.

–«Detenga el coche. Detenga el coche en el arcén.»

Aquellas palabras se repitieron varias veces antes de que Jack les prestara atención. Salían de una especie de megáfono y su sonido diferente, distinto del rumor de las ruedas sobre el asfalto, desconcertó a Jack, que quedó perplejo al ver el parpadeo de las luces azules, y el coche de policía que tenía justo detrás.

–«Detenga el coche en el arcén».

–Dios mío –dijo Jack en voz alta.

Llevó el coche hasta el arcén, apagó el motor y clavó los ojos en el suelo del asiento del copiloto, hacia la bolsa de plástico en la que tenía el whisky que había comprado en una tienda a las afueras de Portland. Observó al policía joven que se acercaba –menudo gilipollas era el tío, con sus gafas de sol puestas– y Jack dijo educadamente:

–¿Sucede algo, agente?

–Señor, su permiso de conducir y los papeles del coche.

Jack abrió la guantera, rebuscó hasta encontrarlos, sacó el carnet de conducir de la cartera y le entregó las dos cosas al policía.

–¿Sabe que iba a ciento diez por hora en una zona en la que la velocidad máxima permitida es de ochenta kilómetros por hora?

A Jack le pareció que se lo preguntaba de malas maneras.

–Pues no, señor, no lo sabía. Y lo siento mucho.

Betsy siempre le había dicho que pecaba de sarcástico, pero aquel policía ni se enteró.

–¿Y sabe que el vehículo no ha pasado la revisión?

–No.

–Tenía que haberla pasado en marzo.

–Ah. –Jack inspeccionó el asiento delantero–. Ya sé lo que ha pasado, ahora me acuerdo. Es que se murió mi mujer, ¿comprende? Se murió. –Jack miró al policía–. Murió –repitió Jack deliberadamente.

–Quítese las gafas de sol, señor.

–¿Cómo dice?

–Le he dicho que se quite las gafas de sol, señor. Ahora.

Jack se quitó las gafas de sol y sonrió al policía exageradamente.

–Y ahora quíteselas usted –dijo Jack–. Enséñeme la suya y yo le enseño la mía.

Y le sonrió de oreja a oreja.

Después de fijarse en el carnet de conducir y de mirar a Jack, el policía dijo:

–Voy a comprobarlo. No se mueva.

Y el agente volvió a su coche, donde las luces azules seguían lanzando sus destellos. Mientras caminaba hacia allí hablaba por radio. Al cabo de unos momentos llegó otro coche patrulla que también llevaba las luces azules encendidas.

–¿Ha pedido refuerzos? –gritó Jack–. ¿Tan peligroso soy?

El segundo policía se bajó del vehículo y se acercó a Jack.

Era muy corpulento y no era joven. Su manera de caminar y sus ojos –inexpresivos, en su caso sin gafas de sol– decían que había visto muchas cosas.

–¿Qué lleva en esa bolsa que tiene en el suelo? –preguntó el agente con voz grave.

–Es alcohol. Whisky. ¿Quiere verlo?

–Bájese del coche.

Jack lo miró fijamente.

–¿Qué?

El hombre corpulento dio un paso atrás.

–Bájese del coche ahora.

Jack obedeció, despacio, porque notaba que le faltaba el aire.

Aquel hombrón dijo:

–Ponga las manos sobre el capó.

Y a Jack le dio la risa.

–Es que no tiene capó, ¿ve? Se llama *coche descapotable* y en este momento no tiene capó.

–Ponga las manos sobre el capó del coche ahora mismo.

–¿Así? –dijo, y las apoyó en el marco de la ventanilla.

–No se mueva.

El hombre se acercó hasta el coche patrulla que había parado a Jack y habló con el otro policía, que estaba sentado en el asiento delantero.

A Jack se le ocurrió entonces que en los días que corrían todo se grababa en vídeo desde los coches patrulla (lo había leído en alguna parte), y de repente dedicó una peineta a los dos vehículos que tenía detrás. Acto seguido volvió a apoyar la mano en el marco de la ventanilla.

–Qué gilipollez –dijo.

Entonces el primer policía se bajó del coche y se acercó. Llevaba la funda de la pistola pegada al muslo. Jack, en aquella

postura ridícula, con la barriga colgando y las manos sobre el marco de la ventanilla, contempló al tipo y le dijo:

–Vaya, ha hecho las maletas.

–¿Cómo ha dicho? –El policía estaba cabreado.

–No he dicho nada.

–¿Quiere que lo detenga? –preguntó el policía–. ¿Es eso lo que quiere?

Jack se echó a reír pero se mordió el labio. Negó con la cabeza y bajó la mirada. Y lo que vio fueron muchas hormigas. Se habían visto interrumpidas por las roderas de su coche y se concentró en aquellas hormigas tan pequeñas que intentaban superar una pequeña grieta en el asfalto, cargadas de granos de arena, en el punto en que la rueda había aplastado a tantas, en dirección a... ¿dónde? ¿A un sitio nuevo?

–Dese la vuelta y levante las manos –le ordenó el policía, y Jack, con las manos en alto, se volvió y se fijó en los coches que pasaban por la autopista.

¿Y si lo reconocía alguien? Ahí estaba Jack Kennison manos arriba, como si fuera un delincuente, y dos coches patrulla con luces azules que parpadeaban.

–Escúcheme bien –dijo el policía.

Se levantó las gafas de sol para rascarse un párpado, y en ese breve instante Jack le vio los ojos, y eran raros, parecidos a los de un pez. El policía apuntaba a Jack con el dedo. Se mantuvo en esta posición pero sin pronunciar palabra, como si no recordara lo que iba a decir.

Jack ladeó la cabeza.

–Le escucho. Soy todo oídos –dijo, con todo el sarcasmo del que fue capaz.

Ojos de Pez se dirigió al otro lado del coche de Jack, abrió la puerta y sacó la botella de whisky de dentro de la bolsa de plástico.



–¿Qué es esto? –preguntó, regresando junto a Jack.

Este bajó los brazos y dijo:

–Ya se lo *he dicho* a su amigo. Es whisky. Vamos, pero si ya se ve, por el amor de Dios.

Ojos de Pez dio un paso más en dirección a Jack, y este retrocedió, o lo intentó, porque no pudo: tenía el coche ahí mismo.

–Ahora repita lo que acaba de decir –le ordenó Ojos de Pez.

–He dicho que es whisky y que ya se ve. Y después he dicho algo de Dios. Algo sobre Dios y el amor.

–Ha estado bebiendo –dijo Ojos de Pez–. Ha bebido, señor.

Y en su voz había algo tan feo que Jack se puso sobrio de pronto. Ojos de Pez dejó la bolsa con el whisky sobre el asiento del conductor.

–Sí, he bebido –dijo Jack–. Me he tomado una copa en el Regency de Portland.

Ojos de Pez sacó algo del bolsillo trasero; era un objeto lo bastante pequeño como para sostenerlo en una mano, y parecía cuadrado y gris.

–Dios mío, ¿me va a reducir con una pistola táser? –dijo Jack.

Ojos de Pez sonrió. ¡Sonrió! Dio un paso hacia Jack con aquella cosa en la mano, y este dijo:

–Vamos, hombre, por favor.

Y se llevó las manos al pecho. Estaba muy asustado.

–Sople aquí –dijo Ojos de Pez, y de aquella cosa que sostenía salió un tubito.

Jack acercó la boca al tubito y sopló.

–Otra vez –dijo Ojos de Pez acercándose más a Jack.

Jack volvió a soplar y apartó la boca del tubo.

Ojos de Pez se concentró en aquella cosa y dijo:

–Bueno, bueno, está usted justo por debajo del límite legal.

–Se guardó la máquina esa del tubito en el bolsillo y le dijo a

Jack–: Mi compañero le está poniendo una multa y le sugiero que, cuando se la entregue, se suba al coche y se vaya directo a pasar la revisión. ¿Queda claro?

Jack dijo:

–Sí. –Y añadió–: ¿Puedo entrar en el coche ya?

Ojos de Pez se acercó más a él.

–Sí, ya puede subir.

Así que Jack se sentó en el asiento del conductor, que quedaba casi al nivel de suelo porque era un coche deportivo y colocó el whisky también en el asiento, a su lado y esperó a que aquel hombre tan corpulento le trajera la multa, pero Ojos de Pez se quedó ahí a su lado, inmóvil, como si creyera que Jack iba a escapar.

Y entonces, por el rabillo del ojo, Jack vio algo de lo que jamás estaría del todo seguro pero que no olvidaría jamás. La entrepierna del policía le quedaba justo a la altura de los ojos, y a Jack le pareció –se lo *pareció*, pero apartó la mirada enseguida– que el tipo estaba empalmado. Allí había un bulto que era más grande que... Jack levantó la vista y lo miró a la cara, y el tipo estaba mirándole con las gafas de sol puestas.

El agente corpulento se acercó y le entregó la multa a Jack, que dijo:

–Pues muchas gracias, chicos. Ahora ya me voy.

Y empezó a alejarse lentamente.

Pero Ojos de Pez fue detrás de él por la autopista hasta la salida de Crosby y, cuando Jack la tomó, el agente no lo siguió y continuó recto.

Jack gritó:

–¡Y haz el favor de comprarte unos buenos eslips, de esos que lleva todo el mundo en este estado!

Jack inspiró hondo y dijo: «Está bien, está bien, ya pasó». Siguió conduciendo los trece kilómetros que faltaban para

llegar a Crosby y por el camino dijo: «¡Betsy, Betsy! ¡Ya verás cuando te cuente lo que me ha pasado! Esta no te la vas a creer, Betts». Se permitió a sí mismo mantener esa conversación con ella sobre lo que le acababa de ocurrir. «Gracias, Betsy», dijo, y en realidad le daba las gracias por ser tan comprensiva con su operación de próstata. Porque lo había sido. Él siempre había sido hombre de calzoncillos a media pierna. Nunca había utilizado eslips, pero allí en Crosby, Maine, era imposible comprar calzoncillos anchos. Algo sorprendente. Y Betsy se iba hasta Freeport y le compraba allí sus calzoncillos. Después, la operación de próstata, de la que hacía casi un año, le había obligado a renunciar a aquel tipo de calzoncillos. Necesitaba un sitio donde apoyar aquella compresa ridícula. ¡Era insoportable! Y en ese preciso instante, como si le hubiera dado pie, notó que le salía un chorrito. No unas gotas. «Dios mío», dijo en voz alta. Al parecer, todo el estado llevaba eslips; hacía muy poco Jack había ido al Walmart de las afueras del pueblo para comprarse otro paquete de calzoncillos y había descubierto que allí tampoco vendían de los anchos. Todo un mostrador lleno de eslips ajustados hasta la talla XXXL para todos esos pobres hombres gordos y enormes del estado. Pero Betsy se iba a Freeport y allí encontraba los calzoncillos anchos. ¡Oh, Betsy! ¡Betsy!

\* \* \*

Ya en casa, a Jack le costaba creer lo que le había ocurrido ese día, todo le parecía ridículo y de algún modo (casi) anecdótico. Se quedó mucho rato sentado en su butaca grande, contemplando el salón; era una habitación espaciosa con un sofá bajo de color azul y patas metálicas, situado delante del televisor, un poco separado de la pared y que hacía ángulo con la otra pared

del salón, frente a una mesa de centro de cristal que también tenía las patas metálicas. Jack se volvió un poco y miró por las ventanas, hacia el campo de hierba y los árboles que había más allá, de hojas verdes y brillantes. Betsy y él habían llegado a la conclusión de que la vista de aquel campo les gustaba más que la del mar, y al evocarlo, un cálido escalofrío lo recorrió. Al fin se puso en pie, se sirvió un poco de whisky e hirvió cuatro salchichas. Mientras abría una lata de judías no dejaba de negar con la cabeza.

–Betsy –pronunció en voz alta varias veces.

Cuando terminó de comer y de fregar los platos –no los ponía en el lavavajillas porque le parecía mucho lío–, se tomó otro whisky y se puso a pensar en lo enamorada que estaba Betsy del tal Tom Groger. Qué rara era la vida...

Pero imbuido de buena voluntad –el día estaba a punto de acabar y el whisky hacía su efecto– Jack se sentó delante del ordenador y buscó en Google al tal Tom Groger. Y lo encontró. Al parecer seguía dando clases en un instituto privado femenino en Connecticut. Era ocho años más joven que Jack. Pero ¿femenino? ¿Todavía existía eso? Jack bajó un poco la página y vio que llevaban unos diez años aceptando a chicos. Y después encontró una foto pequeña de Tom Groger. Ya tenía el pelo canoso, era delgado, eso se notaba en sus rasgos, que se veían bastante agradables y, según le pareció a Jack, demasiado anodinos. Había un correo electrónico suyo vinculado al colegio. Así que Jack le escribió. «Mi esposa, Betsy –Arrow era su apellido de soltera–, murió hace siete meses. Sé que en su juventud ella lo amó mucho. Me ha parecido que podría querer saber de su muerte».

Y pulsó la tecla «Enviar».

Jack se apoyó en el respaldo y contempló la luz cambiante sobre los árboles. Aquellas tardes largas, tan largas... Eran tan

largas y tan hermosas que lo mataban. El campo se oscurecía y los árboles, al fondo, eran como trozos de lienzo negro, pero el cielo seguía enviando sol, que surcaba suavemente la hierba en el rincón más alejado del prado. Fue repasando mentalmente el día y se vio incapaz de encontrarle sentido. ¿De verdad que aquel tipo tenía una erección? Le parecía imposible, pero Jack conocía –en cierto sentido lo conocía– el sentimiento de ira y poder que podía habérsela provocado. Si es que era eso lo que había sucedido. Y después Jack pensó en aquellas hormigas que seguían yendo de un lado a otro intentando llevar la arena donde fuera que quisieran llevarla. Su insignificancia y resiliencia casi le partían el corazón.

Dos horas después, Jack consultó el correo electrónico con la esperanza de que su hija le hubiera escrito, y también con la esperanza de que Olive Kitteridge reapareciera en su vida. Después de todo, había sido ella la que le había escrito primero para contarle cosas de su hijo y él le había respondido hablándole de su hija. Incluso se atrevió a contarle lo de su aventura con Elaine Croft y no le había parecido que Olive lo juzgara. Ella le había contado que hacía años se había enamorado de un maestro de escuela –una «casi-aventura», lo había llamado ella–, y que aquel hombre había muerto una noche en un accidente de tráfico.

Ahora, al comprobar su correo electrónico, vio que se había olvidado (¡se había olvidado!) de Tom Groger, pero que tenía una respuesta de TGroger@Whiteschool.edu. Jack entornó los ojos tras sus gafas de lectura.

«Ya estoy al corriente de la muerte de su esposa. Betsy y yo estuvimos en contacto durante muchos años. No sé si debo contarle esto, pero ella me habló del devaneo que tuvo usted, y tal vez deba contárselo, pero como le digo, no sé si debo... El caso es que durante un periodo de tiempo Betsy y yo nos

estuvimos viendo en un hotel de Boston y también en Nueva York. Tal vez ya lo sepa».

Jack se apoyó en el escritorio y empujó la silla. Las ruedas resonaron en contacto con los tablones de madera. Volvió a acercarse a la silla y leyó otra vez el mensaje. «Betsy –murmuró-. Por qué, desgraciada». Se quitó las gafas y se secó la cara con el antebrazo. «Me cago en la leche», dijo. Al cabo de unos minutos volvió a ponerse las gafas y leyó el mensaje una vez más. «¿Devaneo? –leyó Jack en voz alta-. ¿Quién usa la palabra “devaneo”? Pero ¿tú qué eres, Groger? ¿Maricón?».

Pulsó «Eliminar» y el mensaje desapareció.

Jack se notaba más sobrio que un ratón de iglesia. Se paseaba por la casa en busca del rastro de su mujer: las lámparas con aquellos flecos en la base de las pantallas, el cuenco de caoba que había comprado en alguna parte y que ahora reposaba sobre la mesa de centro lleno de cosas, como llaves, un teléfono viejo que no funcionaba, tarjetas de visita, clips para papeles. Intentó recordar cuándo había ido su mujer a Nueva York y le pareció que era cuando aún no llevaban mucho tiempo casados. Trabajaba como maestra de jardín de infancia: recordó que, de vez en cuando, su esposa le decía que tenía que ir a una reunión de trabajo en Nueva York. Él nunca le había prestado atención. Primero estaba demasiado ocupado obteniendo su plaza y luego estaba, sencillamente, ocupado.

Jack se sentó en la butaca y se levantó al momento. Volvió a pasearse por la casa, contempló una vez más el campo, ahora oscuro, y después subió a la planta de arriba y se puso a recorrerla. Su cama, su cama de *matrimonio*, estaba deshecha, como todos los días menos cuando venía la mujer de la limpieza, y pensó que reflejaba bien su nivel de desastre, o el de los dos. «Betsy –dijo en voz alta-. Por Dios, Betsy». Se sentó poco convencido en el borde de la cama, pasándose la mano por la

nuca, arriba y abajo. Tal vez Groger le estuviera tomando el pelo, estuviera siendo cruel porque sí. Pero no. Groger no era de esos: Jack siempre había sabido que era un hombre serio. Pero si, por el amor de Dios, daba clases de Lengua Inglesa, todos aquellos años en aquella escuela para jovencitas gilipollas. Un momento, ¿era esa la razón por la que Betsy le había dicho que le «habría facilitado las cosas» si Jack se hubiera muerto durante la operación de vesícula? ¿Venía de tan lejos la cosa? ¿Cuántos años hacía de aquello? Llevaban al menos diez años casados cuando lo operaron. «¿Te lo montabas con mi mujer? –dijo Jack en voz alta–. So capullo». Se levantó y se puso a caminar de nuevo por la planta de arriba. Había otro dormitorio y la habitación que su mujer usaba de estudio. Jack entró en las dos, mirando hacia un lado y a otro, como si estuviera buscando algo. Después bajó y entró en los dos dormitorios de invitados, el que tenía la cama de matrimonio y el de la cama individual. En la cocina se sirvió otro whisky de la botella que había comprado ese mismo día. Parecía que hacía días que había salido a comprarla.

Su aventura con Elaine Croft no había empezado hasta que llevaba veinticinco años casado. Qué urgencia había sido la que sentían Elaine y él. Dios, había sido muy fuerte, algo tremendo. ¿Habría sentido Betsy algo así? No era posible. Betsy no era una mujer imperiosa. Pero ¿cómo sabía él qué clase de mujer era?

–Eh, Cassie –dijo Jack–. Tu madre era una puta.

Pero en el momento mismo de decirlo supo que aquello no era verdad. La madre de Cassie había sido... bueno, un poco puta sí era, por Dios, si se lo montaba con Groger en un hotel de Boston, y en Nueva York cuando Cassie era pequeña, pero Betsy había sido una madre maravillosa, esa era la verdad. Jack negó con la cabeza. De repente, se sentía borracho. También sabía que nunca, jamás, se lo contaría a Cassie, que permitiría

que conservara el recuerdo de su madre tal como había sido: una santa que había tenido que aguantar a un padre homóforo, un capullo que solo pensaba en sí mismo.

–Vale –dijo Jack–. Vale.

Volvió a sentarse delante del ordenador. Recuperó el mensaje de la papelera, lo leyó una vez más y, prestando mucha atención a la ortografía para no parecer borracho, escribió: «Hola, Tom. Sí, ya sabía de tus encuentros con ella. Por eso me ha parecido que te interesaría saber que había muerto». Lo envió y apagó el ordenador.

Se levantó, salió de la estancia y se sentó en la butaca durante un buen rato. Volvió a pensar en las hormigas que había visto mientras aquel asqueroso Ojos de Pez lo obligaba a apoyar las manos en el coche. ¡Aquellas hormigas! Haciendo lo que se suponía que tenían que hacer, vivir para morir, atropelladas por el coche de Jack sin discriminación alguna. La verdad era que no podía dejar de pensar en ellas. Él, Jack Kennison, estudioso del comportamiento humano desde la época medieval, y especialista de la época del imperio austrohúngaro en que mataron al archiduque Francisco Fernando y que dio pie a que todos en Europa empezaran a volarse por los aires... Jack estaba pensando en aquellas hormigas.

Y entonces se acordó de que al día siguiente era domingo y que se le haría muy largo.

Y entonces pensó –como si lo atravesara un caleidoscopio de colores– en su propia vida, en cómo había sido y en cómo era ahora, y dijo en voz alta: «No eres gran cosa, Jack Kennison». Se sorprendió, pero le pareció que era verdad. ¿Quién había dicho hacía poco eso de no ser gran cosa? Olive Kitteridge. Lo había dicho de una mujer del pueblo. «No es gran cosa», había dicho Olive, y eso fue todo, la mujer quedó apartada, rechazada.



Al cabo de un rato, Jack sacó un papel y escribió con bolígrafo: «Querida Olive Kitteridge, te he echado de menos, y si te parece bien llamarme o enviarme un correo electrónico o venir a verme, me encantaría». Lo firmó y lo metió en un sobre. No le pasó la lengua para cerrarlo. Decidiría si lo enviaba a la mañana siguiente.